

Considerado uno de los más grandes escritores alemanes, el Premio Nobel 1999 demuestra su talento en estos dos breves relatos correspondientes al inicio y la mitad del siglo XX, turbulenta época que Grass retrata año a año en su libro: *Mi siglo*.

## 2 RELATOS

1905

Ya mi señor padre estaba al servicio de una naviera de Bremen, en Tánger, Casablanca y Marrakech, y por cierto mucho antes de la primera crisis de Marruecos. Hombre siempre ocupado, al que la política, especialmente el canciller Bülow, que gobernaba de lejos, le descabalaba los balances. Como hijo suyo, que sin duda mantenía pasablemente a flote nuestra empresa comercial frente a la fuerte competencia francesa y española, pero se ocupaba de las operaciones cotidianas de higos, dátiles, azafrán y cocos sin verdadera pasión, cambiando de buena gana la oficina por un cafetín y visitando además el zoco en busca de toda clase de pasatiempos, el volver una y otra vez sobre la crisis, tanto en la mesa como en el club, me resultaba más bien ridículo. Así que contemplé a distancia la visita espontánea del Káiser al sultán y sólo a través de mi irónico monóculo, tanto más cuanto que Abd al-Aziz supo reaccionar a la visita de Estado no anunciada con un espectáculo asombroso, y proteger a su alto huésped con guardias de corps pintorescas y agentes ingleses, sin dejar de procurarse en secreto el favor y la protección de Francia.

A pesar de los contratiempos, muy ridiculizados, ocurridos durante el desembarco —casi zozobran barcaza y soberano— la aparición del Káiser fue impresionante. Entró en Tánger, muy seguro en la silla, sobre un corcel blanco prestado y evidentemente nervioso. Incluso hubo júbilo. Espontáneamente, sin embargo, se admiró sobre todo su yelmo, del que, en correspondencia con el sol, saían señales luminosas.

Más tarde circularon en los cafetines, pero también en el club, dibujos caricaturescos, en los que el casco adornado con el águila, después de suprimidos todos los rasgos del rostro, sostenía un diálogo animado con los majestuosos bigotes. Además, el dibujante —no, no fui yo el malhechor, sino un artista al que conocía de Bremen y que trataba con el mundillo del arte de Worpswede— supo hacer resaltar de tal modo yelmo y bigotes retorcidos ante el decorado marroquí, que las cúpulas de las mezquitas y sus alminares armonizaban de la forma más viva con las redondeces del casco ricamente ornamentado y coronado por el agudo plincho.

Salvo mensajes preocupados, aquella aparición espectacular no trajo nada. Mientras Su Majestad pronunciaba discursos enérgicos, Francia e Inglaterra se pusieron de acuerdo en lo que a Egipto y Marruecos se refería. A mí, de todas formas, todo aquello me resultaba cómico. E igualmente ridícula me pareció, seis años más tarde, la aparición de nuestra cañonera Panther frente a Agadir. Sin duda, aquello tuvo efectos teatrales retumbantes. Sin embargo, sólo el yelmo centelleante del Káiser al resplandor del sol dejó una impresión duradera. Los caldereros del país lo imitaron laboriosamente, poniéndolo a la venta por todas partes. Mucho tiempo aún —en cualquier caso, más del que duraron nuestras importaciones y exportaciones— se podía comprar en los zocos de Tánger y Marrakech el casco puntiagudo prusiano en miniatura o de tamaño mayor que el natural, como *souvenir*, pero también como práctica escupidera; un casco así, metido con su pincho en un cajón de arena, me ha sido de utilidad hasta hoy.

A mi padre, sin embargo, que no sólo para los negocios tenía una perspicacia que imaginaba siempre lo peor y que, ocasionalmente y no del todo sin motivo, llamaba a su hijo "calavera", ni siquiera mis ocurrencias más graciosas podían estimularle los músculos de la risa, y más bien veía en ello motivo para



expresar su preocupada conclusión: "Estamos cercados; aliados con los rusos, los británicos y los franceses nos están cercando", y no sólo durante la comida. A veces nos tranquilizaba con la posdata: "Sin duda, el Káiser sabe armar ruido con el sable, pero la verdadera política la hacen otros".

1955

Ya el año anterior terminaron nuestra vivienda unifamiliar, financiada en parte con un contrato de ahorro-vivienda —con Wüstenrot, creo— que Papá, como funcionario, había creído poder firmar en, como él decía, "condiciones relativamente buenas". Sin embargo, la casa, en cuyas cinco habitaciones y media no sólo nos sentimos pronto a nuestras anchas las tres chicas sino también Mamá y la Abuela, había sido construida sin refugio antiaéreo, a pesar de que Papá había asegurado una y otra vez que no le importaba pagar gastos suplementarios. Durante la planificación de la construcción había escrito carta tras carta a la empresa constructora y a las autoridades competentes, acompañando a las cartas fotos de hongos atómicos sobre campos de experimentación norteamericanos y de, como él decía, "refugios provisionales relativamente incólumes" de Hiroshima y Nagasaki. Incluso había aportado bocetos un tanto torpes para construir un sótano con capacidad para seis a ocho personas, con entrada de esclusa y puerta exterior a presión y salida de emergencia de características parecidas. Su decepción fue tanto mayor cuando aquellas, como él decía, "medidas de protección imprescindibles en la era atómica para una parte relativamente importante de la población" no merecieron atención alguna. Faltaban, dijeron las autoridades de la construcción, direcciones oficiales.

Papá, sin embargo, no era enemigo declarado de la bomba atómica. La aceptaba como un mal necesario, que había que tolerar mientras la paz mundial estuviera amenazada por el poderío soviético. Sin embargo, hubiera criticado sin duda con pasión los esfuerzos posteriores del Canciller Federal por impedir toda discusión en materia de protección civil.

—Son tácticas electorales —le oigo decir—, no quiere inquietar a la población; al considerar los cañones atómicos como una simple evolución posterior de la artillería, el viejo zorro resulta incluso inteligente.

En cualquier caso, allí estaba ahora nuestra casita,

a la que pronto llamaron en la vecindad La casa de las tres chicas. Se podía cultivar también el jardín. A nosotras nos dejaban ayudar a plantar árboles frutales. Entonces, no sólo Mamá sino también las niñas nos dimos cuenta de que Papá se esforzaba por reservar en la zona umbrosa del jardín un rectángulo considerable. Sólo cuando la Abuela, siguiendo su costumbre, lo interrogó de plano, reveló sus planes y confesó que estaba proyectando un búnker subterráneo y, como él decía, "relativamente económico", de acuerdo con los conocimientos más recientes de la protección civil suiza. Cuando luego, en el verano, varios periódicos publicaron detalles horribilmente sobre unas maniobras atómicas, la "Operación Carte Blanche", que se habría realizado el 20 de junio de 1955, con participación de todas las potencias occidentales, toda Alemania, y no sólo nuestra República Federal, resultó ser escenario bélico y, haciendo un cálculo aproximado, se habló de unos dos millones de muertos y tres millones y medio de heridos —sin incluir, naturalmente, a los alemanes orientales—, Papá comenzó a moverse.

Por desgracia, no se dejó ayudar en sus planes. Los problemas con las autoridades habían hecho que, como él decía, quisiera confiar "en sus propias fuerzas". Ni siquiera la Abuela pudo detenerlo. Cuando luego se supo además del peligro que representaban desde hacía años las nubes que vagaban en todo al globo, con su carga peligrosamente radiactiva que había que contar en cualquier momento con alguna precipitación, la llamada "lluvia radiactiva", y, peor, aún, que ya en el cincuenta y dos se habían descubierto nubes contaminadas sobre Heidelberg y sus alrededores, es decir, exactamente encima de nosotros, no hubo quién parase a Papá. Hasta la Abuela se convenció de la necesidad de, como ella decía, "esas excavaciones", y costeó varios sacos de cemento.

Papá, sin ayuda y después de terminar su trabajo diario —era jefe de servicio en el Catastro— cavó una losa de cuatro metros y medio. Sin ayuda consiguió, en un fin de semana, hormigonar unos cimientos redondos. También consiguió fabricar, de hormigón colado, las puertas de entrada y salida, y la cámara de esclusa. Mamá, que, normalmente, era más bien parca en el elogio, lo alabó con entusiasmo. Quizá por eso Papá siguió renunciando a la ayuda cuando se trató de poner la bóveda a nuestro, como él decía, "búnker familiar aniatómico relativamente seguro", vertiendo cemento fresco. Lo consiguió también. Estaba dentro de aquella construcción de plana circular, inspeccionando el interior del búnker, cuando ocurrió la desgracia. El revestimiento cedió. Sepultado por la masa de cemento, la ayuda llegó demasiado tarde.

No, no hemos terminado su proyecto. No era sólo la Abuela quien estaba en contra, yo, sin embargo, desde entonces he participado en las marchas antiatómicas de Pascua, lo que a Papá seguramente no le hubiera gustado. Durante años he estado en contra. E incluso en mi edad madura he ido con mis hijos a Mülangen y Heilbronn, a causa de los misiles Pershing. Pero, como es sabido, no ha servido de gran cosa.